



## LA EVANGELIZACION AMERICANA (SIGLO XVI)\* Historia e historiografía

JOSEP-IGNASI SARANYANA

Si hay un tema histórico que ha sido investigado a fondo, éste es, sin duda, la labor de la Iglesia en América. El primer gran impulso investigador tuvo lugar, en efecto, con ocasión del cuarto centenario, en 1892, en unas circunstancias bien distintas de las actuales, tanto por el ambiente que rodeaba las relaciones de España con América, como también por que América estaba inmersa, por aquellos años —y en unos países más que en otros— en una era de profundas transformaciones sociales, políticas y religiosas. Con todo, la tarea llevada a cabo por los investigadores de fines de siglo y comienzos del actual, tan meritoria por los escasos medios con que fue llevada a cabo —recordemos, por ejemplo, a don Joaquín García Icazbalceta y a don José Toribio Medina—, constituye sólo una primera aproximación al interesantísimo fenómeno histórico que fue la implantación del cristianismo en América.

La investigación misionológica americanística sufrió, después, una brusca aceleración, sobre todo a partir de la segunda década de nuestro siglo, como testimonia la monumental *Bibliotheca Missionum*, que, reanu-

---

\*. Texto leído en la presentación de las Actas del X Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra. Esta presentación tuvo lugar bajo la presidencia del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Darío Castrillón Hoyos, Obispo de Pereira y Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano, en la sede del CELAM (Bogotá), el día 28 de junio de 1990. El citado Simposio, que se había celebrado del 29 al 31 de marzo de 1989, había estado dedicado al tema: «Evangelización y Teología en América (siglo XVI)». Las Actas han sido editadas, con el mismo título que el Simposio, por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona 1990, 1584 pp. en 2 vols., 16 x 24. La edición ha corrido a cargo de los doctores Primitivo Tineo, Antón M. Pazos, Miguel Lluch-Baixaui, Pilar Ferrer y el que suscribe.

dando una trayectoria interrumpida en 1927, ha agotado finalmente, en 1967/68, todo lo publicado entre 1910 y 1960<sup>1</sup>. Desde 1960 el interés por esta rama del americanismo, no sólo no ha decrecido, sino que, por el contrario, ha ido en aumento, sobre todo a medida que se avecinaba la nueva conmemoración de 1992.

Entre tanto, y quizá por influjo de la transformación cultural que se había operado en el mundo occidental, también las ciencias históricas habían sufrido una serie de cambios importantes, que, a la postre, contribuirían a completar y enriquecer la meritoria labor de los americanistas pioneros. En efecto; después de la «historia objetiva» preconizada por Leopoldo von Ranke a fines del siglo XIX, que pretendía conocer las cosas pasadas «tal como habían sido», y que suponía que la historia era una ciencia tan objetiva, y con unas leyes tan determinadas, como lo eran las ciencias físicas, por ejemplo; el nuevo siglo conoció las intenciones renovadoras de Henri Berr, plasmados en su revista: «Revue de Synthèse», que pretendían incorporar a los estudios históricos, los descubrimientos más relevantes de otras ciencias humanas. De esta forma se llegó a lo que se conoce con el nombre de «historia total», promovida por Lucien Febvre y Marc Bloch, desde los «Annales», fundados en 1929.

Tras esta fecha, ha habido todavía dos nuevos cambios importantes en la historiografía. El primero, consistente en la entrada de lo cuantitativo, con la historia demográfica y la historia de los precios, es decir, la «historia serial» (por ejemplo los estupendos estudios de Pierre Chaunu sobre la ciudad de Sevilla<sup>2</sup>). El segundo cambio, que es el que más nos afecta a los historiadores de la Iglesia, ha primado sobre todo la «historia de las mentalidades». En esta corriente se inscribe, por ejemplo, la tercera generación de los «Annales», que ha cambiado de nombre, para denominarse ahora: «Annales. Economies. Sociétés. Civilisations»<sup>3</sup>. Junto a ello

---

1. El volumen XXIV, cubre la literatura misional de los años 1910 a 1924; el volumen XXV, de 1925 a 1944; el volumen XXVI, de 1945 a 1960. Cfr. Pedro BORGES MORÁN, *Historiografía de la evangelización hispanoamericana*, en Valentín VÁZQUEZ DE PRADA (ed.), *Balance de la historiografía sobre Iberoamérica (1945-1988)*, EUNSA, Pamplona 1989, pp. 187-219.

2. *Seville et l'Atlantique*, Paris 1955-1960, 12 vols. Vid. la «Introducción» que Pierre Chaunu antepone a la trad. cast.: *Sevilla y América (siglos XVI y XVII)*, Publicaciones de la Universidad de Sevilla, Sevilla 1983, pp. 7-12.

3. Lucien Febvre, fundador de los «Annales», detestaba la historiografía centrada en las batallas y en los grandes acontecimientos. Pretendía una historia de los sentimientos, del amor, de la piedad y de la religión, de la alegría y del miedo... Rechazaba la historiografía política y concedía gran espacio, en su revista, a la historia económica. Al fallecer, en 1956, comenzó una segunda etapa de los «Annales».

se apreciaba —sobre todo en el ámbito anglosajón, aunque posteriormente pasó también a la historiografía francesa— una vuelta a la persona, con un renovado interés por las biografías.

Respecto a la Historia de la Iglesia, vale la pena mencionar la preocupación por la vida social, interés que cuajó en el estudio de las prácticas religiosas populares (verbigracia, la frecuencia de sacramentos, las romerías multitudinarias, la enseñanza del catecismo, la predicación rural del clero, etc.). Es casi obligado, en este campo de la historia de la Iglesia, citar a Gabriel Le Bras —le Doyen Le Bras, como cariñosamente le apelaban sus discípulos—, que potenciaba, por los años treinta y cuarenta, fuertemente influido por la historia sociológica, los estudios de la vida religiosa popular. (Como es sabido, la editorial francesa Nouvelle Cité, de París, tiene en marcha una «Historia religiosa de la Europa contemporánea», en varios tomos y por países, dirigida por los Profesores Ives M. Hilaire y Gérard Cholvy, proyecto en el que participa el Instituto de Historia de la Iglesia, de la Universidad de Navarra).

Después de la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar, además, un importante debate doctrinal en las Universidades germano-occidentales, sobre la condición teológica de la «Historia de la Iglesia», en el que han intervenido Hubert Jedin, Konrad Reppen y Walter Brandmüller, y de la que se ha hecho eco Christopher Dawson, en Inglaterra. Se discutía, y se sigue considerando, si la Historia de la Iglesia es, por su género, más bien «historia» o, por el contrario, es «teología», desde el punto de vista genérico. Tales debates han sido, en última instancia, los flecos finales de las discusiones sobre la «esencia del cristianismo», que popularizó la teología liberal alemana post-romántica<sup>4</sup>, acogidas, con bastante retraso, por la teología católica alemana, por ejemplo, Albert Lang, Michael Schmaus, Romano Guardini, Joseph Ratzinger, y otros.

En definitiva, todo ello ha supuesto, y circunscribiéndonos a la Historia de la Iglesia, varias cosas. *En primer lugar*, un mayor interés por el carácter social de los temas religiosos, con una notable irrupción de los trabajos estadísticos y de campo, y una incidencia mayor de las cuestiones

---

les», dirigidos esta vez por Fernand Braudel, quien ignoró por completo la historia religiosa. En 1972, retirado ya Braudel, entró en escena la tercera generación, de tendencia más bien ecléctica, que procedió a cambiar el nombre de la revista.

4. Merece destacarse la influencia del teólogo protestante Adolf von Harnack, especialmente de sus dos obras: *Lehrbuch der Dogmengeschichte* (3 vols., Tübingen 1885-1889) y *Das Wesen des Christentums* (que es el resultado de unas conferencias pronunciadas en Berlín, en 1899-1900).



económicas; y, *por otro lado*, y esto quizá como consecuencia de los debates sobre la «esencia del cristianismo» antes citados, la aparición de una nueva rama de la ciencia histórica, denominada «historia religiosa», que vendría a ser como una historia sociológica y de las mentalidades en clave teológica. Ha empezado así lo que yo he llamado, en alguna ocasión, la «historia pequeña» de la Iglesia. Por ejemplo: el estudio de las rentas de los monasterios; el análisis de la extracción social del clero; el examen de los libros de texto de los seminarios y del *curriculum studiorum* de los profesores que en ellos impartían la docencia; la cuantificación de la frecuencia de sacramentos en distintas épocas; la historia de las cofradías, pías uniones y gremios con tinte religioso; el seguimiento de la trayectoria doctrinal de las hojas parroquiales y de los boletines diocesanos; el estudio de los sermonarios; etc. Esta tarea investigadora ha enriquecido sobremanera los fondos historiográficos que ahora están a nuestro alcance, hasta producir una verdadera atomización de las especialidades histórico-eclesiásticas; pero resultaba incompleta, por lo que se refiere a América, por faltar la historia de la teología. Pues, ¿qué historia de las mentalidades podría considerarse verdaderamente tal, si prescindiese de la filosofía o, en su caso, como es el nuestro, de la teología? Más todavía, cuando en las últimas décadas se ha insistido tanto —desde todos los sectores doctrinales— en que la historia de la Iglesia es, por su género, teológica... Pienso, por ejemplo, en la insistencia de CEHILA sobre esta cuestión..., o en la gran polémica abierta en Alemania, en torno a la ubicación administrativa de las cátedras de Historia de la Iglesia, a la que he aludido antes.

Pues bien, por estas razones, y por otras muchas quizá menos interesantes ahora de expresar, cuando planeábamos el X Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra nos propusimos abordar dos temas: el de la evangelización —que tiene obviamente una gran actualidad, aunque no sólo coyuntural, por la proximidad del V centenario—, y el tema de la teología americana, que constituye una de las asignaturas pendientes del americanismo. Así, pues, el título de nuestro Simposio quedó enmarcado por las dos coordenadas que he señalado: «evangelización», por una parte, y «teología», por otra; unidas ambas coordenadas por la conjunción copulativa «y», que expresa su inseparabilidad, aunque también su distinción.

\* \* \*

El Simposio se celebró del 29 al 31 de marzo de 1989. Ahora acaban de publicarse las Actas, en dos gruesos volúmenes de 1584 pp., que tengo

el honor de presentar a Vdes. El primer volumen responde, de forma aproximada, al primer término del binomio; es decir, desarrolla en cinco ponencias y veintinueve comunicaciones el tema de la evangelización, no sólo desde el punto de vista de las instituciones que cargaron con el peso de la evangelización, sino también de la sociedad castellana, que fue su protagonista: se examina, así, la corona española, la vida cristiana de los laicos que pasaron a América, las Ordenes religiosas que protagonizaron aquella gesta, la selección del episcopado y el ejercicio de sus funciones pastorales, los instrumentos de legislación y gobierno, principalmente las juntas eclesiásticas y los concilios provinciales, etc. Quiero destacar, en este primer volumen, dentro del alto nivel de todas las aportaciones, incluso de los discusiones científicas, que tuvieron lugar entre los presentes, y que aquí se transcriben, las series estadísticas aportadas por el Prof. Paulino Castañeda (de la Universidad de Sevilla), sobre el episcopado de Indias, que suponen un paso importante en el conocimiento de la Jerarquía eclesiástica indiana; o la gran síntesis sobre los orígenes remotos de la reforma eclesiástica española, anterior a Trento, como se sabe, ofrecida por el Prof. Luis Suárez (de la Universidad Autónoma de Madrid), que reivindica el carácter cristiano del renacimiento español y de la providencial gestión de la curia avinonesa, durante le gran Cisma de Occidente; o el estado de la cuestión, tan límpido y bellamente expuesto por el Prof. Alvaro Huerga (de la Universidad Pontificia de Santo Tomás), sobre ciertos intentos de crear una «diócesis regular» en América; etc. La comunicación del Dr. Fernando Gil (Seminario de Mercedes, en Argentina) es una aportación destacada al conocimiento de las juntas eclesiásticas de México, tenidas, como se sabe, antes de que se creasen las tres primeras provincias eclesiásticas en América, es decir, entre 1524 y 1546. La colaboración del Dr. Federico R. Aznar Gil, sobre el sacramento del matrimonio en la legislación conciliar novogranadina, constituye un nuevo eslabón en la ya larga cadena de estudios sacramentológicos de este profesor salmantino.

El segundo volumen, más extenso que el primero, aborda el otro término del binomio que dio título al Simposio: la teología en América durante el siglo XVI. Constituye, como ya antes he señalado, lo más novedoso de las Actas y, por lo mismo, aquello que espero despierte la mayor atención de los especialistas. Cuenta con tres ponencias (de las ocho presentadas). El Prof. Juan Guillermo Durán (de la Universidad Católica Argentina) ofrece una completísima visión panorámica de los instrumentos de pastoral empleados por las primeras generaciones evangelizadoras. Pienso que este trabajo será referencia obligada desde ahora, por reunir en una armoniosa síntesis el trabajo que llevan a cabo, desde hace años, el

propio Durán y un buen número de investigadores, entre ellos varios colaboradores de la Universidad de Navarra. El Prof. Ronald Escobedo (de la Universidad del País Vasco) presenta un interesante trabajo de historia de las mentalidades, fijando su punto de mira en la práctica religiosa cotidiana, principalmente en Perú y Nueva España. Por mi parte, y en la ponencia que me tocó en suerte desarrollar, intenté dibujar las pautas para una historia de la teología en América durante el siglo XVI, y ofrecer unos primeros resultados de las investigaciones que he podido desarrollar, con mis colaboradores, en los últimos años. Estudio, en concreto, cuáles fueron las líneas que siguió, en su desarrollo, la teología americana cincocentista, y si hubo —como algunos han afirmado recientemente— algún contraste entre los planteamientos teológicos de los misioneros o «profetas» y de los académicos, principalmente en la Nueva España y en el Perú, donde surgieron las dos primeras «reales y pontificias universidades».

Entre las comunicaciones del segundo volumen me permitiría destacar las dos que discuten las dependencias ideológicas de fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, debidas al Prof. Ildefonso Adeva y a la Dra. Carmen J. Alejos Grau, ambos de la Universidad de Navarra. Las polémicas aportaciones de los historiadores Lino Gómez Canedo (ahora enfermo, en España, pero antes, en la Universidad Nacional Autónoma de México) y Melquiades Andrés Martín (Universidad de Extremadura), sobre los fundamentos ideológicos de la evangelización franciscana en la Nueva España. Los estudios sobre teólogos americanos concretos, como los presentados por Mauricio Beuchot (UNAM), Víctor Cano (Universidad Panamericana de México) y Manuel Olimón, de la Universidad Pontificia de México; o los ofrecidos por los profesores Enrique García Ahumada y Esteban Puig, el primero adscrito al CELAM y el segundo profesor de la Universidad de Piura; o a los trabajos sobre inculturación, mostrados por la Prof. Ana de Zaballa, de la Universidad del País Vasco, y la Licenciada Cristina de Salas. Etc. Especial relieve tiene la aportación del Prof. Roberto Moreno de los Arcos (UNAM), dando noticia de sus investigaciones sobre el Provisorato de naturales; y las precisiones que señala don Silvio Zavala (de El Colegio de México), en su larga comunicación sobre el obispo Vasco de Quiroga. El Prof. Ernesto de la Torre Villar (UNAM) ofrece dos bellas síntesis, sobre los orígenes del eremitismo entre los aztecas cristianizados, y sobre el uso de los manuales misionológicos en la Nueva España y el Perú. El Dr. Jesús R. Díez Antoñanzas, entrañable colaborador en todas mis investigaciones americanistas, ahora en la Universidad Católica de Puerto Rico, publica una relación fiable y muy detallada, tanto de los catedráticos de Teología de la Real y Pontificia



Universidad de México, durante el siglo XVI, como de los teólogos graduados en ella durante el mismo período.

\* \* \*

El Simposio contó con dos conferencias solemnes, una de apertura, a cargo de Mons. Carlos Amigo, Arzobispo de Sevilla, metrópoli, durante más de medio siglo de las iglesias americanas; y la lección de clausura, a cargo de Mons. Darío Castrillón, Presidente del CELAM, que nos invitó a reflexionar, en un erudito y documentado trabajo, sobre las relaciones entre la fe y la cultura, en el contexto de la nueva evangelización americana que se pretende con ocasión del V centenario. En este sentido, podría decirse que tanto la intervención de Mons. Castrillón, como, en general, las ocho ponencias y sesenta y seis comunicaciones del Simposio, podrían considerarse como un servicio y un material de trabajo con vistas a la preparación de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano, que se celebrará, Dios mediante, el próximo 1992, en Santo Domingo.

La Santa Sede quiso adherirse al Simposio, por medio de una carta del Vicepresidente de la Pontificia Comisión para América Latina, que también se publica en las Actas. Por su parte, la Pontificia Comisión «Iustitia et Pax» quiso aprovechar la celebración del Simposio para presentar una carta clarificadora de su documento sobre el racismo, que tan mal interpretado había sido por parte de algunos círculos americanistas, especialmente españoles.

Quiero destacar, finalmente, que el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, Excmo. y Rvdmo. Dr. D Alvaro del Portillo, él mismo americanista y autor de una importante monografía —recientemente reeditada— sobre los descubrimientos y exploraciones en las costas de California, envió un cariñoso mensaje a los participantes en el Simposio, que ha tenido, lógicamente, su lugar destacado en las Actas.

J. I. Saranyana  
Instituto de H<sup>a</sup> de la Iglesia  
Universidad de Navarra  
PAMPLONA